

*En colaboración con el cronista
de Isla Mujeres, Fidel Villanueva.*

30.

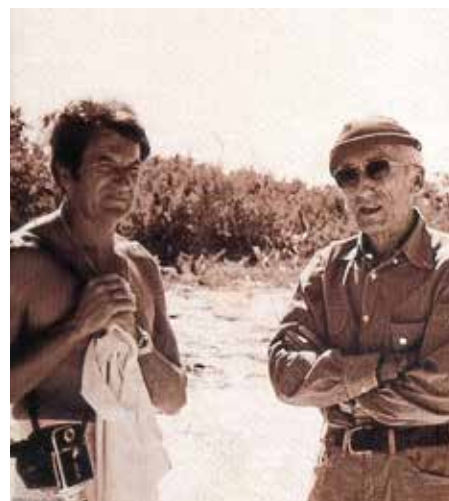
El vecino incómodo

Nativo de Piedras Negras, en el borde fronterizo del desierto que llamamos Coahuila, el fotógrafo submarino Ramón Bravo eligió para vivir un paraje cien por ciento tropical: Isla Mujeres. Ahí, sobre la playa, construyó su residencia, Villa Sirenia, un conjunto de cabañas de madera tallada con motivos marinos, donde guardaba su mayor tesoro: miles y miles de rollos de película, con imágenes de las profundidades de los siete mares. Y ahí, viendo hacia el poniente, le gustaba observar el atardecer, donde se iba perfilando el rosario de luces de un vecino incómodo: Cancún.

“Desde aquí se ve bonito el monstruo”, decía. “Pero de cerca, te das cuenta que Cancún es una aberración, algo que nunca debió suceder.”

Bravo, quien filmó muy bien una docena de películas, escribió muy mal media docena de libros, y se hizo mundialmente célebre por sus buceos temerarios (con una orca en libertad en el Mar de Cortés, en la cueva de los tiburones dormidos en Isla Mujeres, en nado libre con las temibles tintoreras), resentía lo que Cancún aportaba al fondo del mar: miles y miles de turistas, que en calidad de buzos aprendices tocaban con las manos, pateaban con las aletas, contaminaban con bronceadores, y terminaban devastando secciones enteras de una maravilla natural: el arrecife.

Los corales crecen un centímetro, máximo dos centímetros por año, alegaba Bravo. Y explicaba: “Los bloqueadores los queman, y lo peor, los turistas los quiebran para llevarse un recuerdo. Luego, en la superficie, sienten un olor fuerte, a yodo, así que los terminan echando a la basura. ¡Tenemos que parar esa masacre!”



AMURAWORLD.COM

Ramón Bravo, con el padre de la oceanografía, Jacques Cousteau.

**PÁGINA
OPUESTA:**

**Una panorámica de Isla Mujeres
que permite apreciar la elevada
densidad demográfica de la isla.**

Bravo no es el único isleño que percibe a Cancún como un intruso, e incluso, como un enemigo. Entre los nativos (que ahora son minoría, pero que constituyen el grupo dirigente), las expresiones de desencanto son habituales, acicateadas por el hecho de que Cancún se asienta en terrenos que históricamente les pertenecieron. Otra parte del malestar proviene de una percepción de despojo, pues Isla fue el auténtico pionero en cuestiones de turismo, y la irrupción de Cancún los privó de una veta que ellos descubrieron.

Esos pininos tuvieron lugar a mediados del siglo XX. El barco de vela zarpaba del puerto yucateco de Progreso y, tras navegar contra corriente, sujeto a los caprichos del viento, en un par de días llegaba a la isla. Una vez anclado, los pasajeros descendían para gozar las delicias de ese minúsculo y primitivo paraíso: las playas cristalinas, abundantes en peces de colores; el atracón de caracol y de langosta, sacados sin esfuerzo cerca de la orilla; las siestas en hamaca, bajo la sombra de las palmeras; los paseos en lancha y las caminatas por el pueblo, un pueblo de pescadores que recibía con una mezcla de simpatía y extrañeza a los recién llegados.

El cronista Fidel Villanueva.

“La excursión se llamaba *Viaje de aventura a Isla Mujeres* y tal vez fue el primer producto turístico del Caribe mexicano”, apunta Fidel Villanueva, expresidente municipal y cronista vitalicio de la isla. Y añade: “El barco era la única forma de llegar, ya desde Progreso, ya desde Cozumel. No había de otra.”

Eso sucedía cuando el censo general consignaba que Isla Mujeres tenía 647 habitantes (1950). No había un solo cuarto de hotel, ni una embarcación turística: los visitantes dormían en palapas (o en casa de los vecinos), y los pescadores rentaban lanchas para ir a hacer bucos al arrecife de Garrafón, en la punta sur. De verdad, era una aventura...

Pero en 1956 todo cambió. Merced a la visión de Carlos Lazo, un camino de terracería llegó hasta un cocal en tierra firme, propiedad de Macario Díaz, que desde la época de Cárdenas ostentaba un nombre heroico: Puerto Juárez. La plantación se hallaba mero enfrente del poblado isleño, a escasas seis millas náuticas de distancia (unos diez kilómetros), lo cual dio origen a un contacto sostenido con el litoral.

Una isla en extremo plácida, antes de la llegada del turismo masivo.



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA

Subraya Villanueva: “El cambio fue dramático, ahí empezó el verdadero turismo. En el 57, Gervasio Ramírez abrió un hotelito, el Posada del Mar, y a ese siguieron otros, Las Palmas, el San Luis, el Caracol, el Berny. En pocos años, ya teníamos 350 cuartos.”

Las estadísticas registraron el auge. En una década, la población se cuadruplicó, hasta alcanzar 2 mil 225 habitantes (1960). En el 64, un inmigrante de mucha prosapia, José de Jesús Lima, logra que el presidente López Mateos venga a inaugurar su hotel, el Zazil Há, en la punta norte, y ese mismo personaje organiza una carrera de veleros desde San Petesburgo (Florida), la *Regata del Sol*, en la cual compiten medio centenar de embarcaciones. La pequeña isla del Caribe, situada en el extremo oriental de México, estaba encontrando una nueva vocación: el turismo.

En su corta existencia, la isla se había ceñido a otra actividad económica: la pesca, casi toda de autoconsumo. Visitada por Francisco Hernández de Córdoba en la primera expedición española a la península, Isla permaneció deshabitada durante todo el periodo colonial, excepción hecha de algunos campamentos de piratas, que no dejaron mayor huella. Repoblada a mediados del XIX con familias yucatecas que huían de la Guerra de Castas, su situación geográfica la convirtió en escala obligatoria del escaso tráfico marítimo del Caribe mexicano (la llegada del barco, de cualquier barco, era todo un acontecimiento).

Así la conoció el traficante de esclavos Fermín Antonio Mundaca y Marecheaga, pirata tardío que se apropió de la mitad sur de la isla, donde fundó la hacienda Vista Alegre (hoy *Hacienda Mundaca*). Y así la conoció el viajero Julián Pérez, seudónimo del patriota cubano José Martí, quien la visitó rumbo a su exilio en Guatemala. En sus relatos, el prócer describió la sencilla vida de los pescadores, que tan sólo extraían del mar lo necesario para comer (y un poco más, para guardarlo salado), y apuntó algunos apellidos, que hoy se llevan con orgullo, como prueba de pertenencia a las familias fundadoras. La sal, por cierto, se volvería la primera industria local, al explotarse unas salinas naturales que se ubican en la parte media de la isla.

Pese a su escasa población, Isla tuvo alguna relevancia política y llegó a ser cabecera del llamado Partido de las Islas, cuando la región pertenecía a Yucatán (antes de 1900), en detrimento de su rival y vecina, Cozumel. Era, sin duda, la población más importante de la zona norte, calidad que le reconoció la división política del territorio (1921), como cabecera de una de las municipalidades (había otras tres: Cozumel, Santa Cruz de Bravo y Payo Obispo). Sin embargo, escasa de tierras de cultivo, alejada de las rutas del comercio, nunca fue mucho más que un pueblo de pescadores, que transitó la mayor parte del siglo XX en un aislamiento atroz: sin comunicaciones regulares, sin telégrafos, sin teléfonos, sin periódicos, sin televisión.

Esa ecuación se alteró con la apertura de la carretera, y dio un vuelco con el arranque del proyecto Cancún, en terrenos que le pertenecían a los isleños. Como se sabe, el Banco de México los adquirió a precios comerciales, pero al conocerse los planes para crear un centro turístico, los isleños lo asumieron como un doble despojo. Primero, por no haber sido elegidos como sede del proyecto (a pesar de ser obvio que no cabía en la isla). Y luego, porque Cancún se convirtió en otro municipio, cercenando



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA

La escalofriante bienvenida a la Hacienda Mundaca.



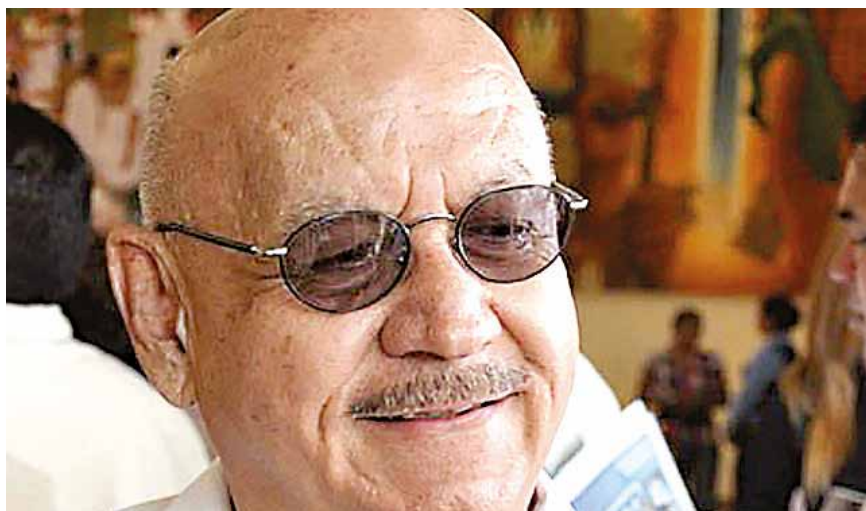
REGATAAL.SOL.ORG

Uno de los pininos: la regata de veleros a través del Golfo, tradición que ya suma cuatro décadas.

el territorio isleño. Comenta Villanueva, quien por cierto es nativo de Chetumal: “Es algo que los isleños no acaban de digerir. Entienden las razones, no las disputan con argumentos, pero no acaban de aceptar lo que sucedió.”

Lo que sucedió fue que el turismo trastocó por completo la existencia en Isla Mujeres. Un dato económico: la captura de caracol, que anualmente promediaba 45 toneladas, en 1973 se disparó a 500, con su correspondiente secuela de impacto ecológico y desequilibrio social (pescadores súbitamente ricos gastando alocadamente su fugaz fortuna). La placidez de la vida pareció terminarse para siempre...

Juan Carrillo, isleño que emigró a Cancún en 1973, recuerda aquella época: “Creo que en Isla no entendieron bien qué estaba pasando. No vieron la oportunidad que se presentaba.” Carrillo se mudó a la ciudad naciente y montó un restaurante (Carrillos), luego un pequeño hotel (Carrillos), y otro par de restaurantes (Bucaneros y Rosa Mexicano), todos muy exitosos en su época. Su militancia en organismos empresariales, en especial la Canaco, le dieron cierto peso político. No sucedió lo mismo con sus paisanos: “Se referían a Cancún en tono peyorativo, tenían la mente cerrada.”

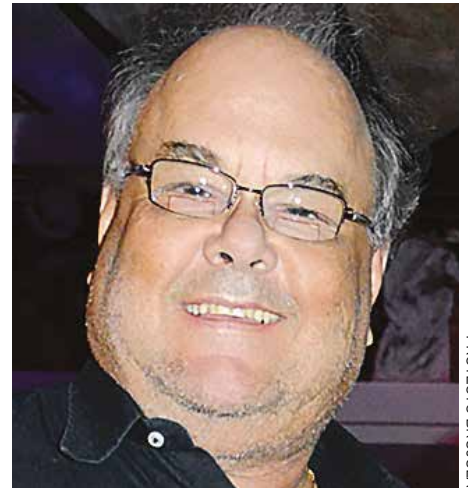


Juan Carrillo:
“No entendieron lo
que estaba pasando.”

Sus memorias pueden recrear esa actitud defensiva: “Traté de que vinieran acá. Cancún se va a quedar con toda la costa, les decía. En una ocasión le sugerí a don Álvaro Gutiérrez, un personaje muy apreciado en la isla, concesionario de la cervecería Moctezuma, dueño del hotel Rocas del Caribe, que abriera un hotel en Cancún. Se negó: la cabra tira al monte, me dijo. Años más tarde vino por aquí, vio mis negocios llenos, había hasta colas para entrar, no salía de su asombro. Se la devolví: pero la cabra se quedó en el monte, le dije.”

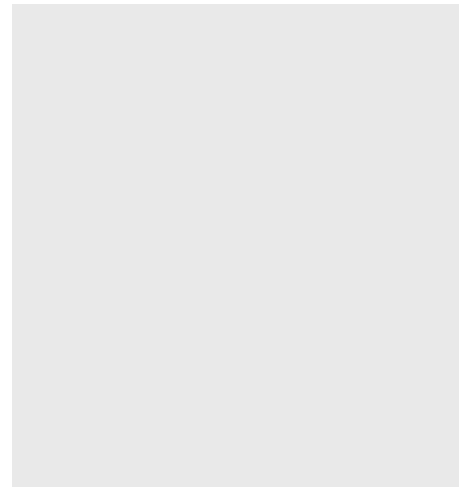
Entre molestia e incredulidad, la cosa fue que los isleños no sólo menospreciaron a Cancún, sino que descuidaron los negocios en su propia casa. En la siguiente década, Isla Mujeres se llenó de giros turísticos, pero mientras los pequeños quedaban en manos locales (artesanías, abarrotes, fondas, renta de motos, renta de carritos de golf), los medianos y grandes fueron inversiones que vinieron de fuera (hoteles, marinas, nado con delfines, clubes de playa, condominios). Es interesante examinar la gestación de algunos de esos giros:

- Sandro Müller, de origen suizo, llegó a Cancún en el 76 y abrió una pizzería muy exitosa (Pizza Rolandi), y luego un restaurante (Casa Rolandi): “Tenía que ir con frecuencia a Isla Mujeres, porque allá estaba la aduana. Isla me fascinaba: sus calles de arena, sus casitas de madera, así que en el 86 compré un terreno y construí un pequeño hotel de 12 cuartos, y abajo una pizzería con un horno de leña, muy bien montada (Rolandi Pizzería). Pegó desde el principio y 30 años después sigue siendo buen negocio. Luego, en el 99, me ofrecieron un terreno en la playa, unos cinco mil metros, demasiados para hacer un restaurante, así que decidí hacer un hotel boutique, el primero de la isla (Villa Rolandi). Hicimos 20 cuartos, luego compramos el terreno de junto e hicimos 15 más. También fue un éxito inmediato, sobre todo el restaurante, que tiene un muelle de servicio. La gente viene desde Cancún, en sus yates, para comer aquí. Y hemos hospedado a muchas personalidades, presidentes y primeros ministros, artistas y magnates. Hace un par de años, le dimos la operación a la cadena Zoetry, que mantiene ocupaciones superiores al 80 por ciento. Estoy muy contento con mis inversiones en la isla.”
- Eduardo Albor, de cuna yucateca, escogió Isla Mujeres para abrir un negocio peculiar: un delfinario. El éxito de su producto estrella, el nado con delfines, le permitió proyectar a la empresa Dolphin Discovery a alturas insospechadas, pues hoy operan 23 parques acuáticos en nueve países distintos. Recuerda: “La isla era la ubicación perfecta. Aparte de su gran belleza, podíamos tener a los delfines en su ambiente natural, en el mar. Nos ha ido muy bien con nuestra inversión. Con el tiempo, adquirimos una marina en Cancún (Aquatours), y una flotilla de barcos para integrar horizontalmente el negocio, para poder vender todo el paquete: el transporte, los alimentos, los delfines. En 2006, también compramos Parque Garrafón, que operaba el Grupo Xcaret en el extremo sur de la isla. El delfinario y el parque son el matrimonio perfecto, nos permiten ofrecer todo un menú de excursiones. Al año, estamos vendiendo alrededor de 320 mil tours, y esperamos que ese número se incremente con la apertura de Playa Mujeres, que nos queda a 20 minutos. Isla es una de nuestras mayores operaciones y, además, no se puede olvidar que aquí empezó todo.”
- Oriundo de la Ciudad de México, procedente de Texas, Germán Orozco arribó a Cancún en el 84, con la idea de montar una marina turística (Aquaworld). En pocos años consolidó el negocio, ofreciendo un amplio catálogo de opciones: pesca deportiva, buceo, *jungle tours*, renta de veleros, paseos en catamarán, y hasta cenas románticas en réplicas de barcos antiguos. Por casualidad, un día olfateó otro negocio: “Tuve que ir a Isla Mujeres a hacer un trámite y me encontré que la única opción era el ferry, un barco viejo y lento, que hacía mucho ruido, que apestaba a diesel, con un pésimo servicio. Podían hacer eso porque eran un monopolio, perteneciente a una familia isleña, los Magaña. Decidí hacerles la competencia, aunque no conocía nada del negocio. No fue fácil, porque las autoridades los protegían, decían que íbamos a destruir el servicio. Aparte de barcos, tuvimos que construir nuestros propios muelles, porque los concesionarios no nos permitían usar los suyos, a ningún precio. Empezamos en 2003 con una flota pequeña, pero eran mejores barcos, más rápidos, más limpios, con horarios más amplios, pues los isleños se quejaban que el servicio empezaba muy tarde y terminaba muy temprano. No lo niego, competimos muy fuerte



PROYECTO BRÍJULA

Sandro Müller: “Abrimos un hotel-boutique, el primero de la isla.”



Germán Orozco: “Decidí hacerles la competencia.”

**Las pintorescas
casas de la isla.**



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA

durante años, no le sacamos ni un quinto a la empresa (Ultramar), todo lo invertimos en mejoras. Hasta fuimos por un ingeniero naval a Australia, para que estudiara el oleaje y nos ayudara a mejorar los diseños. Al final, se impuso la calidad. La competencia nunca mejoró y terminaron cerrando, hace un par de años. Hoy, hacemos el cruce desde Puerto Juárez y desde tres puntos de la zona hotelera de Cancún, atendiendo a poco más de 400 mil pasajeros al año.”

Durante ese periodo, Isla Mujeres sufrió una transformación radical. La ocupación ancestral, la pesca, cedió ante la nueva realidad: los lancheros ganaban mucho más paseando turistas. Las cooperativas se desbandaron y la flota pesquera, adquirida con créditos del gobierno, terminó arrumbada en los muelles. Las casas de la zona centro se convirtieron en comercios, y surgió un abanico de nuevos oficios: taxistas, guías de turista, instructores de buceo, estilistas, vendedores ambulantes. En las cercanías de las salinas brotaron las primeras colonias populares (hoy día, la ínsula tiene unos 18 mil habitantes). Y en la costa occidental, desde la cual Ramón Bravo contemplaba al monstruo, el precio de la tierra se fue a las nubes.

Muy claro quedó el potencial turístico de la isla, aunque persistían dudas sobre su vocación. Comentaba en su tiempo Enríquez Savignac: “Cometimos un error al no incorporar Isla Mujeres al proyecto Cancún. Es el complemento perfecto para hacer excursiones de un día: un pintoresco pueblo mexicano con vestigios arqueológicos, con la hacienda del pirata, con espectaculares arrecifes*, con gastronomía de pescados y mariscos, con mucho sabor. No nos dimos cuenta.”

* A partir de las preocupaciones de Ramón Bravo, los esfuerzos para proteger el arrecife se multiplicaron. Para alejar a los buzos de los corales, el empresario Salvador Vidal promovió la erección de una cruz monumental (la Cruz de la Bahía), el buzo Alberto Friscione gestionó el hundimiento de un viejo destructor de la Marina, y Roberto Díaz Abraham lleva años sumergiendo esculturas gigantes, que se promueven como el Museo Subacuático de Cancún, el MUSA. Aparte, las agencias de buceo advierten a sus clientes sobre el uso de filtros y bronceadores, y les impiden tocar los corales o mutilarlos. Con esas medidas, el arrecife vecino a Cancún ha recuperado parte de su frescura.

La historia no terminó ahí: “Años más tarde, los empresarios de Isla nos pidieron apoyo, querían convertirse en destino turístico. Les hice ver que ya lo eran, pero en un nicho de mercado: excursiones de un día. Les propuse especializarse, sacarle el mejor provecho, atender asuntos que parecen menores, pero que son cruciales: la limpieza de las calles, el aspecto de las fachadas, los anuncios en exteriores. Les puse el ejemplo de Capri, una diminuta isla situada frente a Nápoles, que tiene pocos hoteles, pero recibe millones de excursionistas que van a ver la Gruta Azul, comen ahí, compran ahí, y dejan mucho dinero. No los convencí: ellos querían grandes hoteles, miles de habitaciones. Ellos querían parecerse a Cancún.”

Así las cosas, en el 96 llega a la alcaldía Fidel Villanueva y se abre una ventana de oportunidad: “Nos dimos cuenta que podíamos hacer el gran desarrollo, el destino integral, pero no en la isla, sino en la parte continental. Isla Blanca tiene una estructura muy similar a Cancún: es una estrecha península, con el mar enfrente y la laguna de Chacmunchuch atrás, apropiada para una zona hotelera. Aledaños a la laguna, existen suficientes terrenos para levantar un centro urbano, un poblado de apoyo. Y lo mejor, gran parte de la superficie pertenecía al ejido Isla Mujeres, o sea, era propiedad de isleños.”

Villanueva llevó sus inquietudes a Roque González Garza, el administrador de las extensas propiedades que poseían en la zona Carlos Hank González y Paulino Rivera Torres, quienes ya traían la idea de hacer un nuevo Cancún (Playa Mujeres), pero sentían prematuro el momento. Otra vez Villanueva: “Le dije a Roque que el municipio no tenía dinero para hacer planes de desarrollo, ni de ordenamiento urbano, así que le propuse: háganlo ustedes, sus terrenos subirán de valor, su inversión será más sólida, y yo podré empezar a cobrar el impuesto predial.”

González Garza elaboró un primer esbozo, que sirvió de base al *Plan de Ordenamiento Territorial de la Zona Continental de Isla Mujeres*, publicado en el 2001. Ese documento comprendía unos 20 kilómetros de litoral, al norte de Cancún, donde se preveía la construcción de unas 27 mil habitaciones hoteleras, casi todas en los terrenos de la dupla Hank González-Rivera Torres. Pero a los inversionistas se les fue la

La pesca de altura y la captura de caracol se volvieron actividades irrelevantes después de la llegada del turismo: la flota se deterioró hasta tornarse inservible.



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA

El anclaje la Cruz de la Bahía, una eficaz herramienta para atraer buzos y proteger el arrecife.



ARCHIVO FIDEL VILLANUEVA

mano: con la intención de exprimir hasta el último metro de terreno, convencieron al sucesor de Villanueva, Jorge Martínez Peña, de aceptar como donación un predio de 500 hectáreas, colindante con las colonias populares de Cancún (comprado al ejido Isla Mujeres a precios de risa), librándose así de la obligación de ceder el 15 por ciento de la superficie de sus lotes turísticos para equipamiento urbano.

Lo bueno del arreglo: Playa Mujeres empezó a crecer, sobre todo en la porción controlada por la familia Hank. Al arranque del siglo, los sucesores del profesor construyeron un campo de golf (Playa Mujeres) y un fraccionamiento, además de dotar su propiedad con una sólida infraestructura, superior en calidad incluso a la de Cancún. Atraído por ese alarde, el temerario capital de las cajas españolas levantó un hotel

de 200 suites (Excellence) y varios edificios de condominios de lujo (La Amada), en torno a una respetable marina interior (V&V).

Lo malo y lo feo: repitiendo la historia de Cancún, del lado opuesto de la laguna Chacmuchuch, la asamblea de ejidatarios (en la cual figuran varios expresidentes municipales), decidió fraccionar la tierra y entregar una parcela a cada titular. A partir de ahí, tras un prolongado proceso de titulación (con la intervención del Registro Agrario Nacional), cada propietario quedó facultado para hacer con su lote lo que más conviniera a sus intereses.

Poco después, en el 2008, llegó a la presidencia municipal la panista Alicia Ricalde: “Me encontré un verdadero hoyo negro, una tierra de nadie que nos iba a impedir desarrollar la franja continental. Para empezar, la Constitución del 74 había colocado un paraje que los isleños aprecian mucho, la zona arqueológica de El Meco, dentro del territorio de Cancún. Pero había algo peor: la mitad de la donación de las 500 hectáreas que efectuaron los inversionistas de Playa Mujeres... ¡también estaba en Cancún! Eran terrenos del ejido, pero nadie se fijó, o se quiso fijar, en la línea divisoria. Un disparate: el Ayuntamiento había aceptado, para integrar su patrimonio, una superficie que estaba en otro municipio.”

Ricalde actuó con pragmatismo: “Le dije al Cabildo, vamos a reconocer que El Meco es de Cancún, a cambio de que nos entreguen las hectáreas de la donación. Era doloroso, pero lo aceptaron. El alcalde de Cancún, Greg Sánchez, también convenció a su cabildo, y pudimos firmar un acuerdo de límites, para luego hacer la reforma constitucional. Ya con esa certidumbre, nos metimos de lleno en la elaboración de los planes de desarrollo urbano y de ordenamiento ecológico, para tener un centro de población donde pudieran vivir los trabajadores de la zona turística.”

Como antaño, el municipio tampoco tenía recursos para emprender esa tarea: “Era un sexenio panista, el de Calderón, así que fui a ver a la Sedesol y les pedí que ellos hicieran el plan. El resultado no fue lo que nosotros queríamos, porque en ese momento el criterio era impulsar las ciudades hacia arriba, el crecimiento vertical. En donde sí influimos fue en el tipo de vivienda, pues logramos que se autorizara residencial de tipo medio y alto. Me acusaron de elitista, pero era una alternativa lógica, pues en Cancún ya se habían dado muchos fraccionamientos de interés social. Nosotros queríamos tener una oferta diferente.”

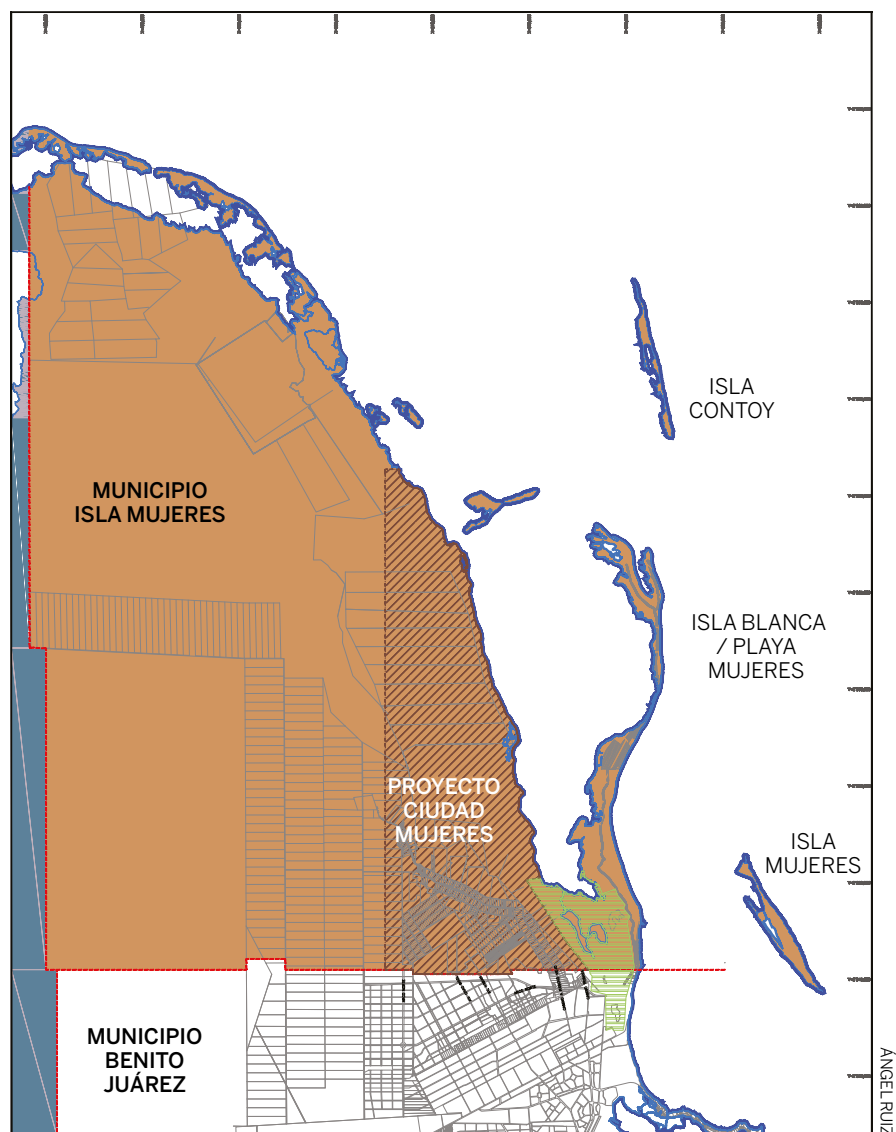
Ricalde está muy orgullosa de los documentos normativos, que no fueron uno, sino dos. El primero, correspondiente a una ciudad sobre terrenos del ejido, adoptó un nombre kilométrico, *Programa de Desarrollo Urbano del Centro de Población Ciudad Mujeres en la Zona Continental del municipio de Isla Mujeres*. Ahí se preveía un centro de población de 400 mil habitantes, y se estimaba por etapas la introducción de servicios y las fuentes de abastecimiento. El segundo, sobre los terrenos privados colindantes con la playa, también de nombre extenso, *Plan Parcial de Desarrollo Urbano de la Península de Chacmuchuch*, se concentraba en la zona turística. Refiere Ricalde: “Tratamos a todo costa de evitar los errores que se cometieron en Cancún. Para empezar, el respeto a la duna, que en Chacmuchuch es intocable: ninguna construcción puede estar frente a esa protección natural. Luego, la conservación de la flora y de la fauna locales. Por último, la elección del segmento turístico, de alto



NOTICARIENews.COM

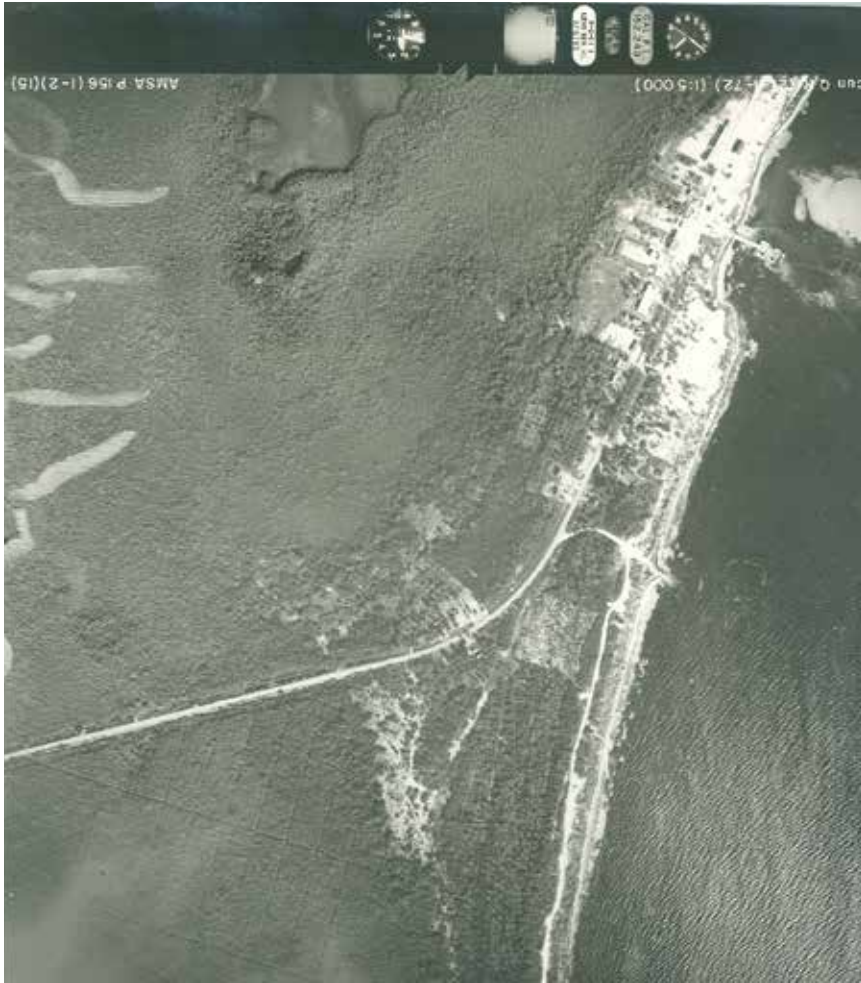
La alcaldesa Alicia Ricalde.

La zona continental de Isla Mujeres es 340 veces más grande que la isla.



poder adquisitivo. Nosotros nos orientamos a otro nicho de mercado, queríamos una hotelería sofisticada, menos turistas, pero más derrama económica. Con esos criterios se hizo el plan.”

El proyecto Ciudad Mujeres se parece mucho al proyecto Cancún, pero le faltó un ingrediente básico: un organismo llamado Fonatur que invirtiera algunos millones de dólares en la infraestructura (o que contratara algunos créditos internacionales). Sin ese respaldo, atado a las raquílicas finanzas municipales, el plan jamás avanzó con la rapidez suficiente. Los sucesores de Ricalde mostraron menos entusiasmo por el proyecto, aunque lograron incorporar el plan al programa Fondo Metropolitano, que aporta recursos a ciudades que se crean o zonas que se conurban, para resolver problemas de infraestructura. Con esos dineros, se logró construir un puente a desnivel sobre la avenida Bonampak (para darle fluidez a la carretera costera Cancún-Playa Mujeres), se construyó un viaducto que conecta Cancún con el ejido (el Arco Norte), se instaló algo de equipamiento hidráulico y se modernizó el relleno sanitario (que comparte Cancún), obras que beneficiaron sobre todo a la población residente en Cancún. Pero las tareas prioritarias para Ciudad Mujeres,



Puerto Juárez, apenas una mancha en el mapa al inicio del proyecto Cancún.

como la introducción de agua potable o de energía eléctrica, o la urbanización del centro de la ciudad, ni siquiera se han iniciado.

Opina el urbanista Carlos Díaz Carvajal: "El plan está muy bien hecho, estructurado al cien por ciento, con una visión de largo plazo. Lo único que ha faltado es voluntad política." Se queja Ricalde: "Ciudad Mujeres ya volvió a ser Rancho Viejo. Hubo muchos intereses para evitar que el proyecto se hiciera realidad."

En efecto, nadie en Cancún se refiere a Rancho Viejo como Ciudad Mujeres, y en la zona no hay nada que se parezca a la génesis de una ciudad. Al contrario, hay un desorden manifiesto. Los ejidatarios pulverizaron sus terrenos, los remataron al primer postor, y en los peores casos, desconocieron los acuerdos y los volvieron a vender, creando cierto clima de incertidumbre jurídica. Como los compradores fueron, en buena medida, fraccionadores sin escrúpulos, el resultado son alrededor de 60 colonias precaristas, que se apiñan a ambos costados de la vía de acceso, llamada Carretera a Rancho Viejo, sin espacios para zonas verdes o áreas de equipamiento.

Rancho Viejo se ha convertido en una extensión de las zonas precaristas del norte de Cancún. Apunta Ricalde: "Es otro cinturón de miseria cuyo crecimiento nadie está controlando." Añade Díaz Carvajal: "Es un

En la costa, el proyecto Playa Mujeres, propiedad de la familia Hank, ya muestra una densidad respetable.



problema de origen, porque no existe control sobre la tierra. No hay forma de frenar la especulación.” A la fecha, las estimaciones del municipio apuntan que unas 16 mil personas se han asentado en la zona, casi tantas como las que viven en la isla, en su inmensa mayoría en forma irregular. Ricalde opina que no todo “está perdido”, que aún podría recuperarse Ciudad Mujeres, pero su voz parece resonar solitaria en el desierto.

En la práctica, Rancho Viejo ya se volvió un dolor de cabeza para el municipio de Isla Mujeres, y en uno todavía peor para Benito Juárez ya que, al no existir Ciudad Mujeres, la población gravita sobre la infraestructura urbana de Cancún. De por sí, el plan isleño prevé utilizar muchas instalaciones que pertenecen a su vecino, empezando por la infraestructura de transporte: el aeropuerto, la central camionera, las carreteras de acceso. Asimismo, contempla la conexión de sus servicios básicos a las redes que ya existen (agua potable, energía eléctrica, drenaje), y su entramado de calles y avenidas es una extensión del que tiene la zona norte de la ciudad, con un flujo vehicular que habrá que sumar al denso tráfico existente. Pero, sin centro de población a la vista, hay que considerar que los trabajadores de la zona turística vivirán y demandarán servicios en Cancún.

Y es que donde los planes no se torcieron fue en la zona turística, sobre todo en Playa Mujeres (el proyecto de la familia Hank). El arranque ha sido lento, pues la empresa promotora es muy exigente con los estándares de calidad. Pero, aun con esos requisitos, en las proximidades de la marina se han construido más paradores (Beloved Hotel, Finest Hotel), y la hotelería todo incluido ya puso un pie en el desarrollo: en los últimos 12 meses, el consorcio americano Apple Leisure, que maneja el mexicano Alejandro Zozaya, abrió un par de hoteles (el Secrets, de 502 suites, y el Dreams, de idéntico tamaño), que operan con buena tarifa y ocupación.

Fuera de ese polígono, las cosas se están dando con mayor timidez, pero también con menos orden. En Punta Sam ya opera otro todo incluido (Villas del Palmar, de 415 habitaciones), que clausuró una calle para ampliar su frente de playa, y en Isla Blanca han abierto sus puertas pequeños hoteles, que se presumen ecológicos pero inyectan al subsuelo sus desechos, ante la falta de infraestructura de drenaje. También hay

que apuntar que los propietarios de algunos predios (Cayo Chacmucuch, Cayo Sucio, San Rafael, El Corzo y Santa Odila), situados en la zona norte de Isla Blanca, interpusieron un amparo y han quedado fuera de las densidades que impone el plan, contribuyendo al incipiente caos.

Pese a este momento incierto, no se necesita una bola de cristal para pronosticar que, por pura inercia, la zona continental se convertirá en el principal centro de población de Isla Mujeres. Actualmente parejos en habitantes, el número se inclinará fatalmente hacia la porción en tierra firme, provocando un efecto en el delicado equilibrio político del municipio. En un futuro no muy lejano, el continente absorberá la mayor parte de los recursos, de las obras y de los desvelos de la autoridad local.

Atentos a esa tendencia, algunos isleños entienden que hay que adelantar vísperas y, aunque no está en el plan, sostienen que sería prudente construir de este lado un nuevo palacio municipal. Explica Villanueva: "No queremos que nos pase lo que le pasó a Cozumel, que terminen quitándonos la zona continental. La isla tiene 320 hectáreas; la zona continental, 109 mil. ¡El municipio está allá enfrente!"

De momento, la idea enfrenta la oposición del grueso de la población. No sin razón alegan que, si se creó un municipio en Cancún para evitar que sus habitantes tuvieran que cruzarse para efectuar trámites, sería ridículo que 50 años después los isleños sean obligados a efectuar la misma travesía en sentido contrario. Los partidarios de la mudanza sostienen que las molestias serán mínimas, pero aceptan que si las autoridades despachan del otro lado del canal, uno que otro cruce será necesario. En todo caso, hay un conflicto latente: si se muda el palacio, es posible que los isleños que queden atrás terminen por exigir su autonomía (y la creación de otro municipio); y si permanece donde está, la demanda provendrá de los avecindados en tierra firme.

Con ese dilema en puerta, Isla Mujeres enfrenta un futuro inquietante. Por una parte, el negocio turístico crece, lo mismo en la isla que en tierra firme, y es una garantía de que habrá empleo y prosperidad en los años por venir. Pero los costos se han disparado, y pasan factura de las



CANCUNISSIMO.COM

Alex Zozaya.



REVISTABUENIAJE.COM

Panorámica de Isla Mujeres, considerada por muchos la zona de expansión de Cancún.

**Isla Blanca:
tal vez en
algunos años
aquí existirá
otro Cancún.**



MEXICOBIENES RAÍCES

peores formas posibles: zonas precaristas (en ambos lados), deterioro ambiental (también en ambos lados), y de manera ominosa, el riesgo político de la desintegración territorial. La vida sencilla de los pescadores, la visita al paraíso que ofrecían los viajes en velero, la algarabía que causaba la llegada de los barcos, ya no son más que un recuerdo nebuloso. Desde esa óptica, Ramón Bravo tenía razón: Cancún ha sido un vecino incómodo. ●